

LA NUEVA MISION DE COSTA RICA

ROLANDO ARAYA MONGE

El concepto sobre Costa Rica en el extranjero es mejor que el nuestro. En el mundo desarrollado se nos pone de ejemplo por la educación, la salud, la abolición del ejército y la riqueza biológica. Pero los costarricenses solo vemos la peor parte. Habría que admitir que no andamos bien: retrocedemos en nuestra posición en el índice de desarrollo humano: después de ser los primeros, ahora ocupamos el sexto lugar en América Latina y el Caribe.

Algo está pasando en este país que conviene descifrar. Lo del fútbol es una vitrina que nos sirve para ver lo demás: la política, la economía, la vida social. El país empezó a distinguirse desde el siglo pasado y, después de 1948, la economía despegó con fuerza, hasta 1978. Las ideas keynesianas, traídas por Don Pepe, cayeron como anillo al dedo. Y este patrón no solo sirvió por su valor económico intrínseco. También permitió la generación de más ideas y proyectos y esto aportó energía adicional.

Ahora priva la confusión. Falta un sentido de misión, metas importantes que muevan el alma nacional. ¿Quién se va a apasionar si las metas consisten en cifras sobre el déficit fiscal, la inflación y otras variables macroeconómicas? La inspiración debe venir de algo más hondo.

Y aunque conviene reiterar la importancia del equilibrio macroeconómico, este no es capaz de generar la fuerza para movernos hacia el futuro. Pienso que las variables no económicas cuentan más, especialmente porque el conocimiento económico deja muy de lado la tecnología, la educación, el estado de ánimo colectivo y la política.

La idea de que el problema nacional es puramente económico nos impide analizar otros aspectos. Y no solo hemos caído en un economicismo miope sino que lo hacemos con una gran propensión a los dogmas: el fundamentalismo del mercado como el nuevo becerro de oro. A partir de estas premisas, se deja de lado la imaginación, se condena el intervencionismo estatal y se niega, en última instancia, a la propia democracia.

No cabe duda que el mercado existe, igual que la lucha de clases, pero también existe la mente humana. Tonto es el piloto que, viendo a su nave en picada, sigue aferrado a la inteligencia de la computadora. Así veo la economía manejada por dogmas.

El capitalismo de hoy no es igual que el de principios de siglo, pero se le trata con los mismos supuestos teóricos. Y encima de esto, una economía tan diminuta como esta limita aún más la eficacia de las teorías generales. El propio George Soros, que no es precisamente un socialista, en un libro suyo reciente, advierte los peligros de la preminencia del capital financiero en el sistema mundial y la crisis que podría venir si se deja al mercado solo, pues se destruyen los mecanismos económicos y políticos, anulando toda consideración social.

“Vivimos un mundo en que la gente puede enriquecerse o ganar poder en la política proponiendo teorías falsas...”, señala Soros. El funcionamiento de la economía no obedece a leyes como las de la física, o las ciencias naturales. Pero lo estamos creyendo y eso nos mete en una espiral de errores que nos despierta aún más en esta jungla global.

Hay una relación entre la economía y los valores, o más bien, entre la economía y la cultura, que no ha tenido suficiente atención. Los ticos hemos sido buenos como agricultores, no tanto como industriales y pésimos para el comercio exterior. Esto impone serias limitaciones para la pelea económica en el ámbito internacional. La respuesta del ajuste estructural ya no da más. Nos hemos rendido al capital financiero y a sus reglas mercantiles, siguiendo el patrón generalizado y perdimos el rumbo.

¿Tenemos alguna misión ante la humanidad? La paz, la democracia, la educación han sido valores muy fuertes en nuestra nacionalidad. Cuando se juntaron con la justicia social hicieron un verdadero milagro.

Pero ahora necesitamos más, pues las reglas del mercado no respetan nada. Hasta los socialdemócratas europeos aceptan un retroceso del Estado de Bienestar con tal de reducir el desempleo y, en el fondo, ser más competitivos. Costa Rica necesita ideas nuevas para afrontar el desafío.

El siglo XXI será el siglo de la biología. La preocupación por la destrucción del medio natural es una de las cuestiones de mayor jerarquía. Costa Rica ha ganado fama como destino turístico en el área ecológica. Tenemos una riquísima biodiversidad. Aquí hay más especies de aves que en todo el Continente Africano.

¿Qué podría pasar si los costarricenses de hoy nos proponemos la meta de convertirnos en la primera potencia mundial, en el país más desarrollado del mundo en materia ambiental ecológica? Lograrlo, tomaría tiempo, pero con solo empezar, la fila por conocer esto iría a parar a Siberia. El nombre

Costa Rica se convertiría en una marca mundial, para todos nuestros productos. Esta sería la promoción comercial más formidable que podamos imaginar. La medicina natural será otro de los fenómenos del siglo nuevo. ¿Podríamos aportar algo en este campo? Ya INBIO empezó. Con lo que tenemos podríamos asombrar al mundo entero.

Un sentido de misión ayudará a despertar a los costarricenses del letargo. La pequeña Costa Rica que ayer ofrendó al mundo la abolición del ejército como aporte a la civilización, puede hoy consagrarse a cuidar sus bellezas naturales, como ofrenda a la gran cruzada mundial por salvar el planeta y, de paso, lograr con ello, la abundancia y el bienestar que todos deseamos.